

Dos hombres estaban de pie en la sala de billar de una antigua casa de campo, hablando. El juego, que había sido de naturaleza poco entusiasta, terminó, y se sentaron en la ventana abierta, mirando hacia el parque que se extendía debajo de ellos, conversando ociosamente.

—Tu tiempo casi se acaba, Jem —dijo uno por fin—, en seis semanas estarás bostezando la luna de miel y maldiciendo al hombre, me refiero a la mujer, que la inventó.

Jem Benson estiró sus largas extremidades en la silla y gruñó disidente.

—Nunca lo he entendido —continuó Wilfred Carr, bostezando—. No está en mi línea en absoluto; nunca tuve suficiente dinero para mis propias necesidades, y mucho menos para las de dos. Tal vez si fuera tan rico como tú o Creso, lo consideraría de otra manera.

Había suficiente significado en la última parte del comentario para que su primo se abstuviera de responder. Continuó mirando por la ventana y fumando lentamente.

—No siendo tan rico como Creso... o tú —prosiguió Carr, mirándolo desde debajo de los párpados caídos—, remo en mi propia canoa por la corriente del Tiempo y, atándola a los postes de las puertas de mis amigos, me aprovecho de sus cenas.

—Bastante veneciano —dijo Jem Benson, todavía mirando por la ventana—. No es malo para ti, Wilfred, que tengas los postes de las puertas, las cenas y los amigos.

Carr gruñó a su vez.

—En serio, Jem —dijo lentamente—, eres un tipo afortunado, un tipo muy afortunado. Si hay una chica mejor en la superficie que Olive, me gustaría verla.

—Sí —dijo el otro en voz baja.

—Es una chica tan excepcional —continuó Carr, mirando por la ventana—. Ella es tan buena y gentil. Cree que eres un paquete de todas las virtudes.

Se rió con franqueza y alegría, pero el otro hombre no se le unió.

—Sin embargo, tiene un fuerte sentido del bien y del mal —continuó Carr, pensativo—.

¿Sabes ?, creo que si se entera de que no eres...

—¿No soy qué? —preguntó Benson, volviéndose ferozmente hacia él—. ¿Qué?

—Si ella supiera... todo... —respondió su primo, con una sonrisa que contradecía sus palabras—, creo que te dejaría.

—Habla de otra cosa —dijo Benson, lentamente—. Tus cortesías no siempre son del mejor gusto.

Wilfred Carr se levantó y practicó uno o dos golpes favoritos sobre la mesa.

—El único otro tema del que puedo hablar en este momento son mis propios asuntos financieros —dijo lentamente, mientras caminaba alrededor de la mesa.

—Habla de otra cosa —dijo Benson de nuevo, sin rodeos.

—Y las dos cosas están conectadas —dijo Carr y, soltando su taco, se sentó a medias en la mesa y miró a su primo.

Hubo un largo silencio. Benson tiró su puro por la ventana y, recostándose, cerró los ojos.

—¿Me sigues? —preguntó Carr largamente.

Benson abrió los ojos y asintió con la cabeza hacia la ventana.

—¿Quieres seguir el destino de mi puro? —dijo Benson.

—Preferiría partir por el camino habitual, por tu bien —respondió el otro, descarado—. Si me fuera por la ventana me harían todo tipo de preguntas, y ya sabes lo conversador que soy.

—Siempre que no hables de mis asuntos —replicó el otro, refrenándose con un esfuerzo evidente.

—Estoy en un lío —dijo Carr, lentamente—, un lío diabólico. Si no reúno mil quinientos, puede que tenga comida y alojamiento gratis.

—¿Eso sería algún cambio? —preguntó Benson.

—La calidad lo haría —replicó el otro—. La dirección tampoco sería buena. En serio, Jem, ¿me prestarías los mil quinientos?

—No —dijo el otro, simplemente.

Carr se puso blanco.

—Es para salvarme de la ruina —dijo con voz ronca.

—Te ayudé hasta que me cansé —dijo Benson, volviéndose y mirándolo—, y no sirvió de nada. Si te has metido en un lío, sal de él. No deberías tener tanta afición por regalar autógrafos.

—Lo de los cheques es una tontería, lo admito —dijo Carr, deliberadamente—. No lo haré más. Por cierto, tengo algunas cartas para vender. No necesitas burlarte. No son mías.

—¿De quién son? —preguntó el otro.

—Tuyas.

Benson se levantó de su silla y se acercó a él.

—¿Qué es esto? —preguntó en voz baja—. ¿Chantaje?

—Llámallo como quieras —dijo Carr—. Solo digo que tengo algunas cartas a la venta. ¿Precio? Mil quinientos. Y conozco a un hombre que las compraría por la mera oportunidad de conseguir a Olive. Le haré la primera oferta.

—Si tienes alguna carta con mi firma seguramente tendrás la bondad de dármela —dijo Benson, muy lentamente.

—Son mías —dijo Carr, a la ligera—. Me las dio la señora a la que se las escribió. Debo decir que no todas son del mejor gusto posible.

Su primo se inclinó hacia adelante de repente y, agarrándolo por el cuello de su abrigo, lo inmovilizó sobre la mesa.

—Dame esas cartas —suspiró, pegando su rostro al de Carr.

—No están aquí —dijo Carr, luchando—. No soy tonto. Déjame ir o subiré el precio.

El otro hombre lo levantó de la mesa con sus poderosas manos, aparentemente con la intención de golpear su cabeza contra ella. Luego, de repente, su agarre se relajó cuando una sirvienta de aspecto asombrado entró en la habitación. Carr se sentó apresuradamente.

—¿Me darás esas cartas? —dijo Benson, sugestivamente, mientras la chica abandonaba la habitación.

—Al precio que mencioné, sí —dijo Carr—; pero si vuelves a ponerme tus torpes manos sobre mí, doblaré el precio. Ahora, te dejo por un tiempo mientras lo piensas.

Sacó un puro de la caja y, encendiéndolo con cuidado, salió de la habitación. Su primo esperó hasta que la puerta se cerró detrás de él, y luego, volviéndose hacia la ventana, se sentó allí en un ataque de furia tan silencioso como terrible.

El aire era fresco y dulce del parque, cargado con el aroma de la hierba recién cortada. Se le añadió la fragancia del cigarro y, al mirar hacia afuera, vio a su primo pasearse lentamente. Se levantó y fue hacia la puerta, y luego, aparentemente alterando su mente, regresó a la ventana y observó la figura de su prima mientras se alejaba hacia la luz de la luna. Entonces se levantó de nuevo y, durante mucho tiempo, la habitación estuvo vacía.

Seguía vacía cuando la señora Benson entró para darle las buenas noches a su hijo. Caminó lentamente alrededor de la mesa y, deteniéndose en la ventana, miró desde ella, pensativa, hasta que vio la figura de su hijo que avanzaba con pasos rápidos hacia la casa. Miró hacia la ventana.

—Buenas noches —dijo ella.

—Buenas noches —dijo Benson con voz profunda.

—¿Dónde está Wilfred?

—Oh, se ha ido —dijo Benson.

—¿Ido?

—Cambiamos unas pocas palabras; quería dinero de nuevo, y le di una parte de mi mente. No creo que lo volvamos a ver.

—¡Pobre Wilfred! —suspiró la señora Benson—. Siempre está metido en algún tipo de problema. Espero que no hayas sido demasiado duro con él.

—No más de lo que merecía —dijo su hijo con severidad—. Buenas noches.

II.

El pozo, que hacía tiempo que había caído en desuso, estaba casi oculto por la espesa maraña de maleza que se desbordaba en ese rincón del viejo parque. Estaba cubierto

en parte por la mitad encogida de una tapa, sobre la cual crujía un molinete oxidado acompañado de la música de los pinos cuando el viento soplaba con fuerza. La plena luz del sol nunca lo alcanzó, y el suelo que lo rodeaba estaba húmedo y verde cuando otras partes del parque se abrían con el calor.

Dos personas que caminaban lentamente por el parque en la fragante quietud de una tarde de verano se desviaron en dirección al pozo.

—No sirve de nada atravesar este desierto, Olive —dijo Benson, deteniéndose en las afueras de los pinos y mirando con algo de desagrado la penumbra más allá.

—La mejor parte del parque —dijo la chica enérgicamente—; sabes que es mi lugar favorito.

—Sé que te gusta mucho sentarse en el frente —dijo el hombre lentamente—, y desearía que no lo hicieras. Un día te inclinarás demasiado hacia atrás y caerás.

—Ya lo sé —dijo Olive a la ligera—. Ven.

Ella huyó de él y se perdió en la sombra de los pinos, los helechos crujían bajo sus pies mientras corría. Su compañero la siguió lentamente, y emergiendo de la penumbra la vio delicadamente serena en el borde del pozo con los pies ocultos entre la hierba y las ortigas que los rodeaban. Hizo un gesto a su compañero para que se sentara a su lado y sonrió suavemente cuando sintió que un brazo fuerte pasaba por su cintura.

—Me gusta este lugar —dijo ella, rompiendo un largo silencio—, es tan lúgubre, tan extraño. ¿Sabes que no me atrevería a sentarme aquí sola, Jem? Me imagino que todo tipo de cosas espantosas están ocultas detrás de los arbustos y árboles, esperando saltar sobre mí. ¡Uf!

—Será mejor que me dejes llevarte —dijo su compañero con ternura—; el pozo no siempre es saludable, especialmente en el clima cálido.

La chica dio una pequeña sacudida obstinada y se acomodó más segura en su asiento.

—Fuma su puro en paz —dijo en voz baja—. Me estoy acomodado aquí para una charla tranquila. ¿Ya se ha oído algo de Wilfred?

—Nada.

—Una desaparición bastante dramática, ¿no? —dijo ella—. Otra de sus correrías, supongo, y otra carta para ti en el mismo tono de siempre: Querido Jem, ayúdame.

Jem Benson lanzó una nube de humo fragante al aire y, sosteniendo el cigarro entre

los dientes, se quitó la ceniza de las mangas del abrigo.

—Me pregunto qué hubiera hecho sin ti —dijo la chica, presionando su brazo cariñosamente—. Cuando estemos casados, Jem, presumiré de la relación para sermonearlo. Es muy salvaje, pero tiene sus puntos buenos, pobre amigo.

—Nunca los vi —dijo Benson, con sorprendente amargura—. Dios sabe que nunca los vi.

—No es enemigo de nadie más que de él mismo —dijo la chica, sobresaltada por este arrebató.

—No sabes mucho de él —dijo el otro, con aspereza—. No estaba por encima del chantaje, no por encima de arruinar la vida de un amigo para beneficiarse a sí mismo. ¡Un holgazán, un canalla y un mentiroso!

La chica lo miró sobria pero tímidamente y lo tomó del brazo sin decir una palabra, y ambos se sentaron en silencio mientras la tarde se convertía en noche y los rayos de la luna, filtrándose entre las ramas, los rodeaban con una red plateada. Su cabeza se hundió en su hombro, hasta que de repente, con un grito agudo, se puso de pie de un salto.

—¿Qué fue eso? —gritó sin aliento.

—¿Qué cosa? —preguntó Benson, levantándose de un salto y agarrándola rápidamente del brazo.

Ella contuvo el aliento y trató de reír.

—Me estás lastimando, Jem.

Su agarre se relajó.

—¿Cuál es el problema? —preguntó gentilmente—. ¿Qué te sorprendió?

—No lo sé —dijo ella lentamente, poniendo las manos en su hombro—. Supongo que las palabras que acabo de usar ahora me resuenan en los oídos, pero imaginé que alguien detrás de nosotros susurraba: Jem, ayúdame.

—Fantasías —dijo Benson, y su voz tembló—; y este tipo de fantasías no son buenas para ti. Estás asustada por la oscuridad y la penumbra de estos árboles. Déjame llevarte de regreso a la casa.

—No, no tengo miedo —dijo la chica, volviendo a sentarse—. Nunca debería tener

miedo de nada cuando estuvieras conmigo. Estoy sorprendida de mí misma por ser tan tonta

El hombre no respondió, sino que se quedó de pie, una figura fuerte y oscura, a uno o dos metros del pozo, como si esperara que ella se le uniera.

—Venga y siéntese, señor —exclamó Olive, acariciando el ladrillo con su manita blanca y pequeña.

Él obedeció lentamente y se sentó a su lado, chupando con tanta fuerza su cigarro que la luz brillaba sobre su rostro con cada respiración. Pasó su brazo, firme y rígido como el acero, detrás de ella, con la mano apoyada en el ladrillo que había más allá.

—¿Estás lo suficientemente abrigada? —preguntó con ternura, mientras ella hacía un pequeño movimiento.

—Bastante —se estremeció ella—. No se debería hacer frío en esta época del año, pero del pozo sale un aire frío y húmedo.

Mientras hablaba, un leve chapoteo sonó desde las profundidades, y por segunda vez esa noche, ella saltó del pozo con un pequeño grito de consternación.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó él con voz temerosa. Se paró a su lado y miró el pozo, como si esperara ver la causa de su alarma emerger de él.

—Oh, mi pulsera —gritó angustiada—, el brazalete de mi pobre madre. Lo dejé caer al pozo.

—¡Tu pulsera! —repitió Benson, aburrido—. ¿Tu pulsera? ¿La de diamantes?

—La que era de mi madre —dijo Olive—. Oh, seguro que podemos recuperarla. Debemos hacer que alguien baje por ella.

—¡Tu pulsera! —repitió Benson, estúpidamente.

—Jem —dijo la chica en tono aterrorizado—, querido Jem, ¿qué te pasa?

Porque el hombre que amaba la miraba con horror. La luna que la tocó no era responsable de toda la blancura del rostro deformado, y ella retrocedió asustada hasta el borde del pozo. Vio su miedo y con un gran esfuerzo recuperó la compostura y tomó su mano.

—Pobre niña —murmuró—, me asustaste. No estaba mirando cuando gritaste, y pensé que te estabas resbalando de mis brazos... hacia abajo.

Se le quebró la voz y la chica se arrojó a sus brazos, aferrándose convulsivamente a él.

—No —dijo Benson con cariño—, no llores, no llores.

—Mañana —dijo Olive, medio riendo, medio llorando—, vendremos al pozo con anzuelo y sedal y lo pescaremos. Será un deporte bastante nuevo.

—No, debemos intentarlo de otra manera —dijo Benson—. Recuperaremos tu pulsera, ya verás.

—¿Cómo? —preguntó la chica.

—Ya verás —dijo Benson—. Mañana por la mañana, a más tardar, la tendrás de vuelta. Hasta entonces prométeme que no mencionarás tu pérdida a nadie.

—Lo prometo —dijo Olive, asombrada—. ¿Pero, por qué no?

—Es de gran valor. Por otro lado, es mi deber recuperarla.

—¿No te gustaría saltar por ella? —preguntó ella con picardía—. Escucha.

Se agachó para tomar una piedra y la dejó caer.

—Me encantaría estar donde está ahora —dijo, mirando hacia la oscuridad—. Imagínate dando vueltas y vueltas como un ratón en un cubo, agarrándote a los lados viscosos, con el agua llenando tu boca, y mirando hacia el pequeño pedazo de cielo arriba.

—Será mejor que entremos —dijo Benson en voz muy baja—. Estás desarrollando un gusto por lo mórbido.

La chica se volvió y, tomándolo del brazo, caminó lentamente en dirección a la casa. La señora Benson, que estaba sentada en el porche, se levantó para recibirlos.

—No deberías haberla dejado fuera tanto tiempo —dijo en tono de reprensión—. ¿Dónde han estado?

—Sentados en el pozo —dijo Olive, sonriendo—, discutiendo nuestro futuro.

—No creo que ese lugar sea saludable —dijo enfáticamente la señora Benson—. Habría que rellenarlo.

—Sí —dijo su hijo, lentamente—. Lástima que no se haya rellenado hace mucho

tiempo.

Tomó la silla que su madre había dejado vacante cuando entró en la casa con Olive, y con las manos colgando lánguidamente a los lados se sentó, pensativo. Al cabo de un rato se levantó y subió a una habitación reservada para artículos deportivos, seleccionó un sedal de pesca en el mar y algunos anzuelos y volvió a bajar con sigilo. Caminó rápidamente por el parque en dirección al pozo, girando antes de entrar en la sombra de los árboles para mirar hacia atrás a las ventanas iluminadas de la casa. Luego, habiendo dispuesto su línea, se sentó en el borde del pozo y la bajó con cautela.

Se sentó con los labios comprimidos, de vez en cuando miraba a su alrededor con sorpresa, como si medio esperara ver algo observándolo desde el cinturón de árboles. Una y otra vez bajó la línea hasta que, al levantarla, escuchó un pequeño tintineo metálico contra el costado del pozo.

Entonces contuvo la respiración y, olvidándose de sus miedos, trazó la línea centímetro a centímetro, para no perder su preciosa carga. Su pulso latía rápidamente y sus ojos brillaban. A medida que la línea entraba lentamente, vio el cierre colgando del gancho, y con mano firme echó los últimos pies hacia adentro. Luego vio que en lugar del brazalete había enganchado un manojó de llaves.

Con un débil grito, los sacó del anzuelo al agua y se quedó de pie respirando con dificultad. Ningún sonido rompió la quietud de la noche. Caminó un poco arriba y abajo y estiró sus grandes músculos; luego regresó al pozo y reanudó su tarea.

Durante una hora o más, la línea se bajó sin resultado. En su afán se olvidó de sus miedos, y con los ojos inclinados hacia el pozo pescó lenta y cuidadosamente. Dos veces el anzuelo se enredó en algo y se soltó con dificultad. Capturó algo por tercera vez, y todos sus esfuerzos fracasaron para liberarlo. Luego dejó caer la línea por el pozo y con la cabeza inclinada caminó hacia la casa.

Primero fue a los establos de la parte trasera y luego se retiró a su habitación durante un rato y caminó inquieto de un lado a otro. Luego, sin quitarse la ropa, se arrojó sobre la cama y se quedó dormido.

III.

Mucho antes de que nadie más se moviera, se levantó y bajó las escaleras con sigilo. La luz del sol se colaba por todas las grietas y destellaba a través de las habitaciones oscurecidas. El comedor le pareció helado y triste bajo la luz amarilla oscura que entraba por las persianas bajas. Recordó que tenía el mismo aspecto cuando su padre yacía muerto en la casa; ahora, como entonces, todo parecía espantoso e irreal; las mismas sillas que estaban de pie, tal como las habían dejado sus ocupantes la noche anterior, parecían entregarse a una oscura comunicación de ideas.

Lenta y silenciosamente abrió la puerta del pasillo y salió al aire fragante del otro lado. El sol brillaba sobre la hierba y los árboles empapados, y una neblina blanca que se desvanecía lentamente rodaba como humo por el terreno. Por un momento se quedó de pie, respirando profundamente el aire dulce de la mañana, y luego caminó lentamente en dirección a los establos.

El crujido oxidado de la manija de una bomba y una salpicadura de agua en el patio de baldosas rojas mostró que alguien más estaba en movimiento, y unos pasos más allá vio a un hombre musculoso y de cabello rubio que jadeaba salvajemente trabajando la bomba.

—¿Todo listo, George? —preguntó en voz baja.

—Sí, señor —dijo el hombre, enderezándose de repente y tocándose la frente—. Bob acaba de terminar los arreglos en el interior. Es una hermosa mañana para darse un chapuzón. El agua de ese pozo debe estar helada.

—Debemos ser tan rápidos como sea posible —dijo Benson, con impaciencia.

—Muy bien, señor —dijo George, secándose el rostro con dureza con una toalla muy pequeña que había estado colgando sobre la parte superior de la bomba—. ¡Date prisa, Bob!

En respuesta a su llamado, un hombre apareció en la puerta del establo con un rollo de cuerda resistente sobre el brazo y un gran candelabro de metal en la mano.

—Sólo para probar el aire, señor —dijo George, siguiendo la mirada de su amo—, a veces un pozo se pone bastante sucio, pero si una vela puede sobrevivir, un hombre puede hacerlo.

Su amo asintió con la cabeza, y el hombre, rápidamente subiendo el cuello de su camisa y metiendo los brazos en su abrigo, lo siguió mientras lo guiaba lentamente hacia el pozo.

—Perdón, señor —dijo George, acercándose a su lado—, pero esta mañana no se lo ve muy bien. Permítame bajar. Disfrutaría del baño.

—No, no —dijo Benson, perentoriamente.

—No está en condiciones de bajar, señor —insistió su seguidor—. Nunca antes lo había visto así. Ahora, si...

—Ocúpate de tus asuntos —dijo secamente su amo.

George guardó silencio y los tres caminaron a pasos agigantados a través de la hierba larga y húmeda hasta el pozo. Bob arrojó la cuerda al suelo y, a una señal de su maestro, le entregó el candelabro.

—Aquí está la línea, señor —dijo Bob, hurgando en sus bolsillos.

Benson se la quitó y la ató lentamente al candelabro. Luego la colocó en el borde del pozo, y encendiendo la vela, comenzó a bajarla lentamente.

—Sujétela fuerte, señor —dijo George rápidamente, poniendo su mano sobre su brazo—, debe inclinarla o la cuerda se quemará.

Mientras hablaba, la cuerda se partió y el candelabro cayó al agua.

Benson maldijo en voz baja.

—Pronto conseguiré otra —empezó a decir George.

—No importa, el pozo está bien —dijo Benson.

—Solo tomará un momento, señor —dijo el otro por encima del hombro.

—¿Eres el amo aquí, o lo soy yo? —dijo Benson con voz ronca.

George regresó lentamente, una mirada al rostro de su amo detuvo la protesta en su lengua, y se quedó mirándolo malhumorado mientras éste se sentaba en el pozo y se quitaba la ropa. Ambos hombres lo miraron con curiosidad, ya que habiendo completado sus preparativos, permaneció sombrío y silencioso con las manos a los lados.

—Ojalá me dejara ir, señor —dijo George, reuniendo coraje para dirigirse a él—. No está en condiciones de ir, tiene un resfriado o algo así. No debería extrañar que sea la fiebre tifoidea. La tienen mal en el pueblo.

Por un momento Benson lo miró enojado, luego su mirada se suavizó.

—No esta vez, George —dijo en voz baja.

Tomó el extremo enrollado de la cuerda y se lo puso debajo de los brazos, y sentándose lanzó una pierna por el costado del pozo.

—¿Cómo va todo, señor? —preguntó George, agarrando la cuerda y señalando a Bob para que hiciera lo mismo.

—Llamaré cuando llegue al agua —dijo Benson.

—Muy bien, señor —respondieron ambos.

Su amo pasó la otra pierna por encima de la cofia y se sentó, inmóvil. Estaba de espaldas a los hombres, sentado con la cabeza inclinada, mirando hacia el eje. Estuvo sentado tanto tiempo que George se sintió incómodo.

—¿Esta bien, señor? —preguntó.

—Sí —dijo Benson, lentamente—. Si tiro de la cuerda, George, tira hacia arriba de una vez. Ahora bájenme.

La cuerda pasó constantemente por sus manos hasta que un grito hueco proveniente de la oscuridad de abajo y un leve chapoteo les advirtió que había llegado al agua. Le dieron tres metros más y se quedaron parados con el agarre relajado y los oídos tensos, esperando.

—Se ha hundido —dijo Bob en voz baja.

El otro asintió y, humedeciendo sus enormes palmas, agarraron con más firmeza la cuerda.

Pasó un minuto y los hombres empezaron a intercambiar miradas inquietas. Luego, una tremenda sacudida repentina, seguida de una serie de otras más débiles, casi les arranca la cuerda.

—¡Tira! —gritó George, poniendo un pie en el costado y tirando desesperadamente—. ¡Tira! ¡Tira! Está atascado. ¡Fuerza! ¡TIRA!

En respuesta a sus terribles esfuerzos, la cuerda entró lentamente, centímetro a centímetro, hasta que por fin se escuchó un violento chapoteo, y en el mismo momento un grito de indecible horror se hizo eco desde el pozo.

—¡Qué peso tiene! —jadeó Bob—. Está atascado o algo así. ¡Quédese quieto, señor; por el amor de Dios, quédese quieto!

La cuerda tensa estaba siendo tironeada violentamente por las luchas del peso al final de ella. Ambos hombres, con gruñidos y suspiros, lo subieron paso a paso.

—Está bien, señor —gritó George, alegremente.

Tenía un pie contra el pozo y tiraba con valentía; la carga estaba llegando a la cima.

Un tirón largo, otro fuerte, y el rostro de un hombre muerto con lodo en los ojos y las fosas nasales asomó por el borde. Detrás estaba el rostro espantoso de su amo; pero esto lo vio demasiado tarde, porque con un grito soltó la cuerda y dio un paso atrás. La brusquedad derribó a su ayudante y la cuerda le atravesó las manos.

Hubo un espantoso chapoteo.

—¡Tonto! —balbuceó Bob, y corrió hacia el pozo sin poder hacer nada.

—¡Corre! —gritó George—. ¡Corre y trae otra línea!

Se inclinó sobre el alféizar y llamó mientras su asistente regresaba a los establos gritando salvajemente. Su voz resonó por el pozo, pero todo lo demás fue silencio.